

# UNA NUEVA MIRADA AL MUNDO



LOS AUTORES: JAVIER BARACE MORALES, ALBERTO BARRANCO GARCÍA, JUAN RAMÓN BEDMÄR DÍAZ, MARÍA BOLOQUI BASTARDÉS, ANDREA P. BLASCO MARTÍNEZ, FÉLIX CANTERO PALACIOS, CLARA CASTELLANOS SEGADO, LUIS CERDÁN ORTIZ-QUINTANA, MARÍA SOCORRO COBO MOLINA, ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO, INÉS CRESPO RUIZ DE ELVIRA, LAURA DOMINICI BERNARDI, LAURA ESPINÓS GÓMEZ, ISABEL GABELLA VALERA, SILVIA GARCÍA RAMOS, CRISTINA GONZÁLEZ CEBAS, M.<sup>a</sup> DOLORES GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, ÁNGELA GUTIÉRREZ SÁNCHEZ DE LEÓN, JUAN F. HERNÁNDEZ ALFARO, JAVIER JIMÉNEZ PUERTAS, PAOLA ALEJANDRA MONTERO RÍOS, PABLO MORENO LUCÍA, EVA NÁRDIZ PÉREZ, MIGUEL OVEJERO PÉREZ, JANO REMESAL ROYO, DANIELA RODRÍGUEZ-OROZCO, MARÍA ANTONIA RIPOLL FORNÉS, SANDRA ROYO LECIÑENA, CRISTINA SOSA ERDOZAIN, PEDRO VARGAS RODRÍGUEZ, LUCÍA VÁZQUEZ-MOREJÓN JIMÉNEZ

Consulte la página [www.dextraeditorial.com](http://www.dextraeditorial.com)

COORDINACIÓN EDITORIAL:  
Leire Altamira León

Ilustración de cubierta: *Le fils de la pomme* de Félix Cantero Palacios,  
reinterpretando el cuadro *Le fils de l'homme* de Rene Magritte

Diseño de cubierta: Sara Álvarez Tavío

© Skr, preparadores S. L.  
C/ General Arrando, 5, entresuelo izda., 28010 Madrid

© Dextra Editorial S. L.  
c/ Arroyo de Fontarrón, 271, 28030 Madrid

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización expresa por escrito de Dextra Editorial, S. L.

ISBN: 978-84-16898-73-2  
Depósito Legal: M-12140-2023  
Impreso en España-*Printed in Spain*



*A todos los que confiaron en nosotros  
para servirles de guía en su camino y a los que aún confían.*

LOS AUTORES



La verdadera felicidad está construida por un perpetuo estado de iniciación.  
El gran paso en falso de la humanidad es adaptarse. Perder el fuego. Saciarse

JULIO RAMÓN RIBEYRO



# ÍNDICE

- 11— PRÓLOGO  
*Una guía para navegar la incertidumbre*  
FEDERICO STEINBERG  
— ♦ —
- 15— PRESENTACIÓN  
*Los Autores*  
— ♦ —
- PARTE I  
ENFOQUES
- 23— *Fragilidad. El mundo en tres pasos: agitación, pausa  
e incertidumbre*  
ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO
- 63— *El nuevo escenario de distribución de poder en el mundo*  
JANO REMESAL ROYO
- 97— *Ante un nuevo paradigma relacional: la sociedad de la  
información y sus implicaciones*  
FÉLIX CANTERO PALACIOS
- 123— *It never rains but it pours: una sociedad en crisis  
ante la pandemia*  
CRISTINA SOSA ERDOZAIN, MARÍA SOCORRO COBO MOLINA  
Y LUCÍA VÁZQUEZ-MOREJÓN JIMÉNEZ
- 189— *La vuelta al mundo en ochenta mundos: muchedumbres,  
viajeros y turistas en pos del museo de la parodia democrática  
(o la democracia nómada)*  
ANDREA P. BLASCO MARTÍNEZ



PARTE II

PERSONAS

- 239— *La desigualdad económica como problema.  
¿Hacia un nuevo contrato social?*  
INÉS CRESPO RUIZ DE ELVIRA
- 269— *Migraciones, fronteras y espacios de pensamiento*  
JUAN F. HERNÁNDEZ ALFARO
- 291— *¿Quiénes son los míos? Representar el pacto social  
en la era de las identidades*  
CRISTINA GONZÁLEZ CEBAS
- 311— *El revés de la pirámide poblacional: el reto demográfico*  
PAOLA ALEJANDRA MONTERO RÍOS
- 339— *Los movimientos sociales actuales y su impacto  
en la democracia*  
EVA NÁRDIZ PÉREZ
- 361— *La segunda y la cuarta ola del feminismo,  
¿una corriente de resaca?*  
CLARA CASTELLANOS SEGADO
- 389— *Se hace camino al andar: la senda de los derechos humanos*  
M.<sup>a</sup> DOLORES GONZÁLEZ FERNÁNDEZ



PARTE III

ESCENARIOS

- 417— *Geopolítica posmoderna: bloques y dinámicas del mundo que viene*  
**JUAN RAMÓN BEDMÄR DÍAZ**
- 449— *Retos ante el cambio climático: las bases de una ambiciosa transición ecológica*  
**ÁNGELA GUTIÉRREZ SÁNCHEZ DE LEÓN**
- 479— *Un escenario tecnológico futuro en movimiento: lo probable, lo pausable, lo posible y lo preferible*  
**FÉLIX CANTERO PALACIOS**
- 501— *La economía mundial del siglo XXI. Entre las tendencias y la incertidumbre*  
**ALBERTO BARRANCO GARCÍA**
- 527— *Derecho y Globalización*  
**LAURA DOMINICI BERNARDI**
- 553— *La decadencia de la separación de poderes en un Estado irreconocible*  
**PABLO MORENO LUCÍA**
- 577— *Sinfonía de la oportunidad: la transformación del sector turístico tras el shock de la pandemia*  
**LAURA ESPINÓS GÓMEZ**
- 595— *Las nuevas tendencias sociales. El individuo ante los cambios del siglo XXI*  
**JAVIER JIMÉNEZ PUERTAS y PEDRO VARGAS RODRÍGUEZ**
- 621— *La UE ante el espejo*  
**MARÍA BOLOQUI BASTARDÉS**
- 647— *América Latina: una cartografía de contrastes*  
**ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO e ISABEL GABELLA VALERA**



PARTE IV

IDEAS

- 699— *El sentido de la educación*  
LUIS CERDÁN ORTIZ-QUINTANA
- 719— *La opinión pública en la era del desorden informativo*  
MIGUEL OVEJERO PÉREZ
- 747— *La óptica cultural del cambio en el siglo XXI*  
DANIELA RODRÍGUEZ-SALINAS OROZCO
- 775— *El acercamiento del poder al ciudadano: la descentralización frente al espejo*  
MARÍA ANTONIA RIPOLL FORNÉS
- 797— *La reforma de la Administración Pública ¿historia del eterno retorno?*  
JAVIER BARACE MORALES
- 825— *De la exclusión a la inclusión social. Nuevos retos para las políticas públicas*  
SILVIA GARCÍA RAMOS
- 853— *Límites y espejismos de la vieja Europa*  
SANDRA ROYO LECIÑENA



## PRÓLOGO

# *Una guía para navegar la incertidumbre*

---

FEDERICO STEINBERG

Estamos perplejos. En la última década, a los ciudadanos europeos nos han golpeado la crisis económica y la inflación, una pandemia global nos ha hecho sentirnos insignificantes y el renacer del imperialismo ruso ha vuelto a traer la guerra al continente. Además, algunas de nuestras certezas se están desmoronando. El binomio que formaban la democracia liberal y el capitalismo, que con la caída del Muro de Berlín hace treinta años parecía que se extendería por todo el mundo, está en retroceso. Cada vez hay más polarización política, menos confianza en la democracia y los regímenes autocráticos, comandados por líderes nacionalistas y autoritarios, seducen a electorados que añoran un mundo más seguro y predecible, incluso dentro de la Unión Europea. El capitalismo sí ha triunfado, no tiene alternativas. Pero está en transformación y adopta formas distintas en diferentes latitudes. Además, en Occidente, ha generado un exceso de desigualdad que, junto al cambio tecnológico, el envejecimiento de la población y el cambio en las relaciones laborales, está socavando el contrato social. Por último, el mundo amable y predecible de las instituciones multilaterales, la cooperación internacional y la primacía del derecho —en el que tan cómodos se sienten los europeos y que tan necesario es para afrontar retos globales como el cambio climático o la fiscalidad de los conglomerados multinacionales—, está siendo sustituido por la rivalidad entre grandes potencias y la ley del más fuerte. Como resultado, la globalización está en cuestión, su gobernanza se va oxidando y la fragmentación de la economía mundial, alimentada por el neomercantilismo, se va acelerando.

Aunque muchos los países del llamado Sur global —los que no se alinean ni con la OTAN ni con Rusia en la guerra en Ucrania— en general han experimentado grandes avances económicos y sociales en las últimas décadas y ven el futuro con cierto optimismo, a Occidente se le está atragantando el ocaso de su hegemonía. El continuo progreso material que se vivió en el pasado parece hoy una quimera para las clases medias empobrecidas, y cada vez más capas de la población ven con temor la revolución tecnológica y desconfían del futuro. Cada grupo idealiza el pasado de forma diferente. La derecha trumpista quiere volver al mundo ordenado en que dominaba el hombre blanco heterosexual. La izquierda añora un generoso Estado del bienestar que ya no parece sostenible. Y el centro idealiza la tecnocracia liberal de los años de la hiperglobalización que precedió a la crisis financiera del 2008. Pero, aunque algunos se empeñen en volver al pasado, la historia no retrocede. Lo que se va imponiendo es la volatilidad y asimetría en el crecimiento económico, un aumento del papel del Estado, mayor introspección dentro de las grandes potencias y un temor cada vez mayor al diferente. Todavía es pronto para saber si estamos ante un cambio de era, pero lo cierto es que las ideas liberales dominantes están en retroceso y el mundo, por mucho que le pese a europeos y estadounidenses, es cada vez más multipolar.

Para navegar estas aguas turbulentas hace falta una brújula. Y este libro ofrece claves y aportan *Una nueva mirada al mundo*. No se trata de reducir la incertidumbre, eso es cada vez más difícil. Pero entender qué está pasando es condición necesaria para reducir el asombro y plantear soluciones.

Este libro reúne una serie de ensayos escritos por autores que dedican su vida profesional a mejorar el funcionamiento del Estado y elaborar políticas públicas. Todos pertenecen al Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado (conocidos como TAC en la jerga de la Administración española), todos están comprometidos con “lo público” y todos encuentran tiempo para seguir leyendo, pensando y escribiendo sobre la sociedad, la política, la economía o las relaciones internacionales.

Cada ensayo deconstruye uno de los grandes temas de nuestro tiempo y se puede leer de forma independiente. Cada uno combina, además, erudición académica con claridad expositiva y afán divulgativo. Y todos ellos invitan a la reflexión y plantean propuestas no sin antes

haber diseccionado meticulosamente los principales debates de cada tema. Como me dijo una de las autoras al plantearme prologar el libro, “nosotros somos notarios de la realidad”. Pero no se han limitado a documentar los cambios. Han ido más allá.

Los ensayos se estructuran en cuatro grandes temas: enfoques, personas, escenarios e ideas. En ellos se abordan prácticamente todos los debates contemporáneos, desde el cambio climático hasta las transformaciones tecnológicas, pasando por las migraciones, el futuro de la democracia, los problemas de la desigualdad y la exclusión, el feminismo, los nuevos equilibrios de poder globales, la economía del siglo XXI, la globalización y su gobernanza, los nuevos nacionalismos, el papel de la educación, la cultura o los medios de comunicación y, cómo no, varias reflexiones sobre el papel de Europa en el mundo y el futuro de la Unión Europea.

No es un libro sobre España, pero España y sus problemas están presentes en prácticamente todos los capítulos. No en vano los autores son funcionarios de la Administración española. Muchos de los retos que enfrenta España se parecen a los que tiene Europa, y casi ninguno de ellos puede resolverse fuera de Europa. Por eso, los capítulos sobre la Unión Europea subrayan acertadamente cómo la Unión ha ido avanzando progresivamente en su integración, ha sido capaz de afrontar la pandemia y la invasión rusa de Ucrania con sorprendente cohesión y habilidad y, a pesar del Brexit (del que la mayoría de los británicos ya se arrepienten), se está construyendo poco a poco la Europa geopolítica y autónoma que sus ciudadanos necesitan. El proyecto europeo, al que la España próspera y democrática está inexorablemente ligada, se propuso desterrar definitivamente el nacionalismo y el imperialismo del continente. Durante décadas lo consiguió, pero ahora tiene que rearmarse para enfrentar la vuelta de los proyectos imperiales y nacionalistas al escenario global.

Washington DC, marzo de 2023



## PRESENTACIÓN

---

OSHDORI. — Buenas tardes, señora condesa... ¡Qué sorpresa tan inesperada!  
ADELAIDA. — Todas las sorpresas son inesperadas. Porque, si no fueran inesperadas,  
no serían sorpresas

*Usted tiene ojos de mujer fatal* (ENRIQUE JARDIEL PONCELA)

Inesperada sorpresa ha dejado de ser un pleonasma para nuestra generación, la que ha crecido y se ha formado en el tránsito del siglo xx al siglo xxi, y que desde 2008 asiste a una serie de acontecimientos que compiten entre ellos por ser cada vez más espectaculares, más impacantes, más hechos sociales totales (en términos de Durkheim) o más disruptivos (en términos de los pensadores más horteras).

La sorpresa ha dejado de ser sorprendente, ha perdido su cualidad de inesperada. Vivimos instalados en la espera de una sorpresa aún mayor que la anterior. Ya no se trata solo de una aceleración en los cambios —“este texto lo ha escrito una inteligencia artificial” ha pasado a ser una muletilla común últimamente, aunque no aplicable en este caso: si acaso podemos hablar de una inteligencia colectiva escribiendo con muchas manos y una misma inquietud, pero de manera obtusamente natural— se trata de una eliminación, casi absoluta, de nuestra capacidad para el pasmo.

No quiere esto decir que seamos capaces de entender mejor lo que sucede en nuestro entorno mediato o inmediato. Que no nos extrañe lo insólito solo quiere decir eso, que lo improbable nos resulta natural, familiar, casi ordinario. Hemos entrado en un estado en el que, como sociedad, pensamos que también esto pasará como una cota de malla contra la desdicha; y, si no pasa, tampoco es muy grave, algún nuevo fondo se inventará la Unión Europea.

Sin embargo, individualmente la duda permanece instalada. Y, cuando tu ocupación profesional te permite o te obliga a enfrentarte a esos cambios en el día a día, cuando los debates con tus colegas de profesión son más apasionantes que nunca, más vertiginosos, parece difícil sustraerse a la atractiva tarea de asomarse sobre algunos de estos fenómenos, con la intención observarlos y comprenderlos un poco mejor, y ensayar sobre ellos.

“No he querido saber pero he sabido”, decía Marías al inicio de *Corazón tan blanco*. En nuestro caso podríamos decir, para explicar estos cientos de páginas que se suceden a esta presentación, que hemos querido saber pero tenemos dudas de si hemos sabido.

No es nuestra intención semejar al tratadista que analiza una realidad con los instrumentos con los que un investigador se enfrenta a la ciencia, buscando así diseccionar de manera objetiva y analítica un hecho o una circunstancia.

Muy al contrario, lo que hemos pretendido es acercarnos a la realidad que nos rodea con un criterio personal y crítico. En cierto sentido, el ensayo pretende acercarse a la realidad desde la trinchera del autor, desde sus adherencias personales y sus motivaciones intelectuales, sabiendo de antemano que la tarea es *imposible*, que la actividad se encuentra abocada irremediabilmente a sentirse incompleta.

Cada uno de los autores se ha encontrado movido por una inquietud intelectual derivada de sus propias experiencias personales o profesionales. Y, si acaso hemos sabido saber —eso no nos corresponde a nosotros decidirlo—, no hemos pretendido suplantar el conocimiento ordenado, sin duda más profundo, de las materias abordadas, que muy oportunamente está tratado por otros académicos y profesionales de las realidades a las que nos hemos asomado, sino mostrar otra mirada al mundo que nos rodea, *nuestra mirada*. En una época en la que se repite como un mantra la anomalía del funcionamiento de lo público, cuando el descrédito de todo aquello que sirve al interés general se encuentra sometido a un fuego cruzado de críticas, queremos también, en cierto modo, reivindicar su valor. La circunstancia de que todos los autores pertenezcan al Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado es, sin embargo, meramente accidental.

Por lo que se refiere a la forma que hemos pretendido darle a esta osadía, comenzamos con una serie de escritos más extensos y generales

que nos permiten enmarcar y parametrizar el mundo actual, un esfuerzo de contextualización sin duda insuficiente, pero al menos bien intencionado. La fragilidad de nuestro tiempo, el impacto de los avances tecnológicos, el reparto de poder o el devenir de la democracia son, entre otros, objeto de este indisimuladamente ambicioso prólogo.

Avanzamos luego en una serie de temas que nos marcan como personas, actores de una realidad que, como decíamos, no siempre comprendemos, aunque cada vez lo toleremos con más paciencia. Identidades, derechos movimientos (en todas sus acepciones) y la desigualdad como telón de fondo ocupan este primer acto.

Por escenarios no entendemos solo la geopolítica sino la orientación que han tomado la Economía, el Derecho, la Educación, el papel del Estado o los derechos sociales. Aquellas cuestiones que generan los espacios que habitamos y transitamos entre sorpresa y sorpresa, y que en gran medida nos condicionan como seres adaptativos que somos.

Pero las personas, para deambular por los escenarios, seguimos necesitando la guía de las ideas. Y a su estudio abocamos el último bloque de ensayos abordando opinión pública, cultura, modelo de Administración... Pero también dos realidades geográficas que entendemos que trascienden lo territorial para conceptualizarse como ideas: la Unión Europea, que abordamos con posibilidad y como límite, y Latinoamérica, un mundo en sí mismo con el que nos unen multitud de relaciones y al que no siempre prestamos la suficiente atención; espacio del que creemos saber, y a menudo no sabemos nada.

Los artículos que forman parte de este intento de ensayo conjunto bien pudieran nacer de la curiosidad aleatoria o de cualquier otra circunstancia personal. La pasión por saber más, por conocer más y por inquietarse críticamente no es propiedad de ninguna profesión ni oficio sino una circunstancia azarosa de la personalidad. Cada uno hemos seguido el camino trazado por ese azar para acercarnos tentativamente y sin mayores pretensiones a las cuestiones que han encendido nuestro interés. En resumen, no hemos hecho más que levantar la vista para mirar con detenimiento a lo que nos rodea, abstrayéndonos de la fuerza arrolladora de la cotidianidad, huyendo de la anomia que hoy nos produce la sorpresa.

Otra circunstancia añadida a nuestras inquietudes surge de una vocación: la de enseñar. Como formadores de futuros responsables públi-

cos creemos en la necesidad de suscitar y mantener el deseo de seguir aprendiendo. En el ámbito público, a veces se confunden los objetivos con los fines, y una vez alcanzada la meta de asumir una función, se pierde la perspectiva de su fundamento. Sin idealismo, lo público se convierte en una forma rutinaria de contabilidad social, de administración de personas y cosas. Ese es probablemente uno de los males que aquejan hoy a lo público: la pérdida del sentido de su función. Y no existe manera cabal de servir desde dentro si no se conoce —o se pretende, al menos, conocer— lo que hay fuera.

Este tercer hito en más de una década de trabajo colectivo que se inició con *Una mirada al mundo* (2011) y que siguió con una edición ampliada y profundamente revisada (2017) supone un salto, rompiendo con estructuras anteriores e introduciendo nuevos temas y enfoques. Como los propios autores, entre los que quedan varios veteranos de aquella primera aventura, el proyecto ha evolucionado, pero se mantiene fiel a su concepción original: ampliar nuestro conocimiento, ampliando con ello nuestras dudas y nuestra necesidad de seguir ensayando sobre un mundo que siempre va a superar nuestra capacidad de análisis. Esperamos que los lectores también lo vean así.

Montaigne, que fue precisamente el inventor de este género, advertía a los lectores de sus *Ensayos* de la siguiente forma: “Este es un libro de buena fe, lector. Desde el comienzo te advertiré que con él no persigo ningún fin trascendental, sino solo privado y familiar; tampoco me propongo con mi obra prestarte ningún servicio, ni con ella trabajo para mi gloria, que mis fuerzas no alcanzan al logro de tal designio”. En realidad, el francés fue un poco tramposo porque llevó al género a las más altas cotas de perfección, y trabajó puliendo y revisando sus *Ensayos* casi hasta su muerte. Más nos valdría no pretender su hazaña, ni mantener el compromiso hasta tan postrer momento; nos quedamos con su advertencia al lector y nuestra promesa de seguir intentándolo.

Los autores







PARTE I



ENFOQUES



# *Fragilidad. El mundo en tres pasos: agitación, pausa e incertidumbre*



ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO  
ADMINISTRADOR CIVIL DEL ESTADO

“Como ocurre con todos los desastres masivos, la epidemia de la peste fue descartada por absurda”

ALBERT CAMUS. *La Peste*

“Hay hombres en quienes los trajes hermosos lloran”

MONTAIGNE

## *¿Gigantes o molinos?*

Empecemos bien:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate

de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, ....

En la escena más conocida de *El Quijote*, nuestro gentilhomme de lanza en ristre ni oye ni atiende las razones que su fiel Sancho le ofrece para que la realidad se imponga ante los delirios de la mente. La determinación hace, a veces, que la sensación de fortaleza oscurezca la percepción de la realidad y que la tozudez impida calibrar bien el contexto de nuestras acciones.

El peligro de los ideales no consiste en tenerlos, sino en cómo tenerlos. No consiste en creer o en no creer, sino en cómo. Dogmáticos y fanáticos consideran, por igual, una agresión inquebrantable cualquier argumento que les fuerza o pone en cuestión sus ideales. De esos, hoy, tenemos para montar un circo.

Como nuestro Quijote, cegados por ideologías y dogmatismos, se niegan a escuchar los consejos y a advertir las nítidas señales de que todo está cambiando; de que ya ha cambiado. Buscan sus gigantes y proclaman con sus grandes palabras las verdades del pasado sin darse cuenta de que han quedado viejas.

La política está mostrando síntomas evidentes de agotamiento. Estamos en un claro momento de *recesión democrática*. Las ideologías, antaño estructurantes, y sus partidos dominantes están perdiendo el centro y los ciudadanos continúan desplazándose hacia los extremos presionando el músculo social y haciendo de la polarización el caldo de cultivo de rencores y resentimientos. Han vuelto los chamanes a la política y con ellos las nuevas narrativas populistas cargadas de medias verdades que deterioran el tejido sobre el que se construye la democracia. Retóricas vacías pero estimulantes y efectivas en ese mar de inquietud y malestar. Y es precisamente ahí, en ese vacío de esperanza y exceso de realidad, donde ha reaparecido el gen populista. Cuando retroceden las ideologías avanzan los instintos y las pasiones y, como dice el filósofo Manuel Cruz, se corre el peligro de convertir el debate político en un

conflicto de emociones. La historia ya nos ha dado buenos ejemplos de que ese es un camino espinoso con abruptos finales. Ahora, somos más conscientes que nunca de que esa idea deseada de que la historia nos estaba conduciendo a un futuro estable de rutilantes democracias liberales se puede desvanecer lentamente ante la polarización de los discursos emotivos.

En la economía, el cambio tecnológico está acelerando eso que Schumpeter denominó la *destrucción creativa* transformando las formas de producción e impactando en las maneras tradicionales de entender el trabajo. El sistema económico, que en algún momento llegó a ofrecer una promesa de progreso social continuo, muestra ahora, además de evidentes elementos de fragilidad, algunas de sus caras menos amables: la precarización del empleo, el empobrecimiento de las clases medias, el desarme axiológico de la juventud, la concentración de la riqueza y un modelo de crecimiento que está afectando al equilibrio de nuestro pacto con la naturaleza. Estamos encapsulados en eso que Antón Costas y Carlos García denominan *laberintos de prosperidad* asistiendo, como espectadores, a un triunfo apoteósico... de un sistema enfermo.

Y, paradójicamente, con una consistencia inusitada el síntoma de la fragilidad se extiende de manera radical al núcleo mismo de la sociedad. Así, junto a los nuevos y modernos valores, más abiertos, más cosmopolitas, más liberales incorporados por una juventud descreída y secular se visualizan síntomas derivados del estado de excitación incorporado por la sociedad del vértigo y nuestra incapacidad de digerir todo sin atragantarnos. Por una parte, la identidad se está convirtiendo en el bálsamo de Fierabrás ante nuestro vacío interior y se ha hecho hueco debilitando nuestros valores colectivos. Como señala Victor Lapuente las derechas han perdido su Dios y las izquierdas han caído en un cosmopolitismo *hipster* sin patria. Y así vemos cómo los patriotas se transforman en nacionalistas identitarios y los devotos en fundamentalistas de cualquier creencia religiosa o laica.

Por otra parte, la pandemia ha eliminado las connotaciones negativas de los problemas de salud mental y ha hecho más visible que nunca la necesidad de cuidarnos ante el ritmo trepidante del mundo. Según la Organización Mundial de la Salud, más de 300 millones de personas en el mundo sufren depresión, casi un millón deciden quitarse la vida y el 13 por ciento de las enfermedades están asociadas a trastornos

de la salud mental (cifra superior al cáncer o a enfermedades cardiovasculares); son cifras impactantes que describen una sociedad agitada e impulsada por una sobreexcitación de pulsiones positivas y excesos negativos, de aspiraciones imposibles y de realidades indigestas. Hemos generado tantas expectativas de bienestar desmedidas que cuando estas no se cumplen —y es lo normal— nos sentimos frustrados y víctimas incomprendidas. Necesitamos recuperar la ataraxia de los estoicos: la capacidad de mantener la prudencia en el hacer, la moderación en las expectativas y la tranquilidad de la mente.

En realidad, no se trata de ser pesimistas ni optimistas o de caer bien o mal, que para eso ya tenemos a los *influencers* y los *haters*, sino de tener un claro compromiso con el presente y la realidad, y de hacer un esfuerzo de generosidad para comprender a nuestros semejantes hoy y no dejar el mundo hecho unos zorros para las generaciones que vienen. No vaya a ser que acabemos como el caballero de la triste figura: ensartados en las aspas de los molinos por no querer entender las razones que nos ofrece el sentido común de nuestro leal escudero.

### ***El tranvía nunca llega sin avisar: nacionalismo, guerra, desigualdad y cambio climático***

La historia de la humanidad ha tenido aparentes sucesos aislados que determinan cambios drásticos. Pero en realidad, estos son el resultado de una acumulación de eventos (explicables o no, más o menos intensos) que han desembocado en otros de más alcance: se van gestando en el subsuelo y van modificando la realidad hasta hacerla finalmente irreconocible. Tenemos la obligación de conocerlos y aprender de ellos, porque en cada uno hay señales, como veremos, que nos pueden servir hoy para guiarnos por los caminos sinuosos de la actualidad y evitar estrellarnos.

Por ejemplo, el enconamiento narcisista y la pulsión nacionalista nos empujaron a la Primera Guerra Mundial (parece lejana pero sus causas no lo están tanto) y nos dejaron las atroces imágenes de un baño de sangre cuerpo a cuerpo, guerra de trincheras embarradas y el diseño, en suma, de una de las mayores carnicerías de la historia. Ese gran momento de la estupidez humana fue el fruto de la ceguera imperialista y de las ínfulas nacionalistas, pero su final no fue, pre-



cisamente, un elogio a la inteligencia de los vencedores. Estos, en el Tratado de Versalles saciaron su sed de venganza forzando una paz cartaginesa con unas condiciones durísimas a los perdedores. Finalizado ese episodio Keynes, en *Las consecuencias económicas de la paz*, advirtió de que la construcción de un nuevo mundo no podía hacerse poniendo el pie sobre el cuello de los vencidos, sino tendiéndoles la mano y arrastrándoles a los beneficios del progreso común... Pero nadie le hizo caso. Sobre los rescoldos humeantes de esa guerra se fraguaron las miserias de pueblos que se abrazaron a una esperanza manipulada por unos charlatanes especialistas en catalizar el odio y el rencor. Se cocinó a fuego lento el caldo de cultivo de totalitarismos que, como el fascismo o el nazismo, se extendieron como una metástasis cancerígena por toda Europa, arrasando a su paso con todo signo de secularización y luz. No aprendimos.

Y seguimos: en la Segunda Guerra Mundial, las trincheras, las bayonetas y la caballería dieron paso a los tanques, los aviones y los acorazados con la mayor potencia destructiva jamás vista. Después de que los primeros ministros de Francia y Gran Bretaña, Daladier y Chamberlain, demostrasen la debilidad de las democracias europeas frente a la determinación de Hitler y Mussolini, el vergonzante Pacto de Múnich alimentó, aún más, los discursos etnicistas e imperiales. No hay nada que enardezca más a un fanático que la sensación de impunidad. Y así, la Alemania nazi comenzó a diseñar sobre el mapa del mundo su sueño de dominación aria cubriendo los cielos de Centroeuropa de cenizas humanas desde los campos de exterminio de Auschwitz, Treblinka o Mauthausen. Estos campos, diseñados para el Führer por Eichmann, su esbirro más gris, representaron la industrialización de la muerte y la banalización del mal; entre mentiras y eufemismos dejó millones de muertos sobre la conciencia intranquila de muchos europeos tibios (alemanes incluidos) que, al principio, se negaron a creer lo evidente y distrajeron su atención ante los discursos excluyentes de los populistas y nacionalistas. Primo Levi, Jorge Semprún, Jean Améry, Victor Frankl, entre otros, nos dejaron en sus memorias el legado personal para entender la ausencia de límites ante la tentación nihilista del mal. Después de que los jefes nazis sucumbieran, envenenados por sus delirios, bajo un búnker berlinés, el ocaso de la Guerra se desplazó al Pacífico donde los kamikazes japoneses representaban litúrgicamente el fin del otro sueño imperial:

el japonés. La capacidad humana de autodestrucción tocó el cielo de la idiotez cuando el 6 de agosto de 1945 desde la barriga engordada del B-25 *Enola Gay* se lanzó sobre la población civil de Nagasaki la primera bomba atómica. Con ese evento trágico y desmoralizante se inició, paradójicamente, el final de esa etapa de conflagración mundial y de ejemplificación de los horrores a los que somos capaces de acostumbrarnos. No solo no aprendimos, sino que, al contrario, comenzó una carrera armamentística, aún hoy vigente, por poseer tan sutil instrumento de disuasión y destrucción.

En la Conferencia de Yalta, precisamente los vencedores de esa contienda inauguraron, entre sonrisas, el acuerdo para comenzar otro tipo de guerra; esa que tan bien reflejó John Le Carré en *El espía que surgió del frío*: la Guerra Fría. Nadie mejor que el viejo Winston Churchill, con su puro entre los dientes y su voz rasgada, para anunciarlo solemnemente: “De Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, un telón de acero se ha abatido sobre el continente”. Y así fue, con la división física de Europa e ideológica del mundo, se franqueó el paso a una etapa de paz tensionada en la que sobre el tablero de ajedrez ya solo había dos jugadores. Por un lado, los adalides de la libertad, y por otro los valedores de los dogmas de la igualdad. Ambos sometieron al mundo al apagón de la diversidad y a una lectura binaria del globo. Dos potencias hegemónicas que tejían y destejaban sus áreas de influencia y sometían a los pueblos del mundo a un fuego cruzado de dogmas y medias verdades. Hoy sabemos que ambos postulados libertarios e igualitarios por sí solos y llevados a su extremo son falsos. En nombre de la libertad y de la igualdad se cometieron todo tipo de tropelías y se llevó al mundo a una fórmula simplista de entender las cosas; se forzó a los países a alinearse sin fisuras: o se abrazaban las barras y estrellas o la hoz y el martillo, sin otra elección. Algo así como la máxima que Shelley regaló a Frankenstein “si no puedo inspirar amor, provocaré terror”. Lo que se conoció por su acrónimo DMA (Destrucción Mutua Asegurada) no era más que un ejemplo del chiste del dentista elevado a la potencia nuclear.

En ese tiempo, Stalin sometería a los pueblos soviéticos a todo tipo de experimentos comunistas, aplicaría disparatados planes económicos que acabarían en terribles hambrunas e iría borrando, primero de las fotos, y luego de la faz de la tierra a todo el que se atreviera a contradecir sus caprichos. “La muerte de una persona es una tragedia,

la de un millón una estadística”. Puede ser que el camarada Stalin nunca pronunciase esa frase que se le atribuye, pero la asumió con toda naturalidad. Si el costo de su *ideal* comunitario era ese millón de personas, siempre estuvo dispuesto a pagarlo. Es lo que ocurre con los ideales abstractos, que sacrifican a personas concretas. Koba, el temible, como describió Martin Amis en su magnífica obra, hizo todo esto con la complicidad y el apoyo de la falsa progresía intelectual de Occidente.

Al otro lado del telón de acero, sin embargo, el avance de las democracias liberales y el progreso económico animó a los países europeos y occidentales a comenzar a diseñar un futuro de esperanza bajo tres pilares: democracia y paz, equilibrio entre Estado y mercado y desarrollo sostenible. La democracia y la paz se consolidaría en el marco de cooperación comunitaria que acabaría consolidando ese espacio que hoy es la Unión Europea; por su parte, el equilibrio entre Estado y mercado se produjo por el pacto interclasista e ideológico que permitió alumbrar eso que hoy llamamos *Estado del Bienestar*; y finalmente, primero fue el Club de Roma en 1972 el que lanzó la primera alerta sobre los límites del crecimiento y luego sería el informe Brutland en 1987, a escala global, el que detonaría las iniciativas de Naciones Unidas para hacer al mundo entero consciente de la necesidad de afrontar, sin dilaciones, el debate sobre las formas de entender nuestra convivencia con la naturaleza y el respeto a nuestro entorno.

La caída del Muro de Berlín supuso, en cierta forma, el triunfo de los postulados de la libertad sobre la igualdad. El mundo se aprestaba a degustar las mieles del progreso; Hosbawn decretó el fin del siglo xx *el siglo más corto de la historia* y Francis Fukuyama esbozaría el célebre *fin de la Historia* y el principio de una nueva era donde la libertad de mercado y la democracia se abrazarían definitivamente y desplegarían sus virtudes sobre todo el globo. Sin embargo, mientras la mitad del mundo apenas podía comer, las sociedades opulentas decidieron dejarse llevar por el ritmo de la nueva melodía del progreso sin límites. Ya no habría nada que nos parase. Hasta China, el pétreo ejemplo del comunismo, abrazó el capitalismo, aunque lo de la democracia se lo dejase a los cánones occidentales. Se pensó que la puerta se había cerrado ya para nuevas ideas: las libertades políticas y el progreso económico componían ya los únicos acordes para un vals que todos bailaríamos felices y sonrientes. Pobres ilusos.

Mientras nuestra autocomplacencia nos hacía incapaces de vislumbrar las miserias que se ocultaban en el subsuelo y el cambio de siglo alimentaba nuestra vanidad, dos aviones cargados de resentimiento se estrellaron el 11 de septiembre de 2001 contra el símbolo de la modernidad y el progreso y, ¡zas!, de sopetón desapareció el escudo protector de nuestras vidas: se inauguró la etapa del terror global, del terrorismo yihadista, del choque de civilizaciones, y a la libertad se le opuso la seguridad, llenando de incómodos controles los aeropuertos, sellando las fronteras y fomentando la aparición de todo tipo de células y lobos solitarios que sembrarían el terror por las tranquilas calles de las capitales occidentales. Si tuviese que entender el paso del desencanto, la frustración y la soledad a la vorágine sangrienta del integrismo islámico dejaría de ver series y cerraría este libro inmediatamente para leer *Lo que sueñan los lobos*, donde Jasmina Kahdra con un pulso narrativo envidiable y un conocimiento de primera mano novela magistralmente el paso de la virtud religiosa al nihilismo de la destrucción.

Sin haber gestionado ni solucionado el cisma del choque de las civilizaciones el mundo siguió su ritmo hasta que en el año 2008 se pinchó la burbuja del espejismo del modelo de crecimiento sin fin. La caída de Lehman Brothers y de Goldman Sachs simbolizaron la fragilidad de nuestro modelo y se dio inicio a lo que los economistas bautizaron como la *Gran Recesión*. Wall Street y la City londinense nos arrojaban las fotos de los ejecutivos con sus cajas de cartón en los brazos, despedidos abruptamente de su envidiada vida mientras sus jefes trataban de esconder sus miserias, hasta que se hizo insoportable y muchos de ellos acabaron entre rejas y sus cuerpos balanceados bajo las sogas de celdas olvidadas devorados por la culpa. Esa crisis nos puso delante de un espejo al que no queríamos mirarnos y descubrió las estructuras de cartón piedra de un modelo en el que nunca creímos pero del que todos nos aprovechamos anestesiados por una falsa receta de dinero fácil. El exceso de ambición y la falta de control desembocó en una borrachera estéril que nos dejó una resaca insoportable de endeudamiento y crecimiento de la desigualdad.

Las medidas adoptadas por los Estados fueron un fuego de artillería de estímulos financieros para parar la sangría de bancarrotas y una indicación apresurada a los Bancos Centrales para acudir al rescate de las grandes empresas. Bajo la idea del *Too Big To Fail* los gobiernos salieron

en tromba a lanzar salvavidas a las grandes corporaciones por miedo al colapso total, mientras millones de personas perdían sus empleos, otras veían como sus viviendas se devaluaban bajo los escombros de las *subprime* y todos asistíamos al final de una fiesta regada de champán, pero pagada con recursos que engrosarían una deuda colosal. Se puso en riesgo la viabilidad del sistema y con ello se socavaron las bases de la confianza entre los ciudadanos y sus instituciones. Las explicaciones de la financiación de la deuda, la austeridad, los rescates, los tipos de interés, las primas de riesgo, etcétera, convirtieron a los tecnócratas en la aristocracia de la crisis. Y finalmente, los ciudadanos destronaron esa visión apelando a la política como fórmula de cambio y futuro. Prefirieron reírse con el bufón que obedecer a la Corte. Las calles se llenaron de indignados y los movimientos sociales asaltaron los espacios públicos reclamando un cambio radical.

Tras unos años paseando al borde del precipicio y después de haber controlado, mal que bien, los daños comenzamos a navegar de nuevo por la senda de la reconstrucción siendo conscientes de los dos grandes retos a los que debimos y debemos enfrentarnos: la desigualdad y el cambio climático.

Entretanto ya debimos comenzar a intuir los sonidos de tambores de guerra que nos llegaban desde la península de Crimea en 2014 cuando Putin comenzó a aplicar el principio básico de la Rusia Imperial “nuestra mejor defensa es ampliar las fronteras”. Ahí se demostró que Rusia no había superado eso que Emanuel Todd denominó la *depresión poscomunista*, para describir el vacío dejado por el comunismo en aquellos lugares donde este constituyó una creencia colectiva estructurante. Y tras ello, consumó sus ambiciones cuando congeló el gesto de la comunidad internacional al decidir en febrero de 2022 comenzar una ofensiva bélica sobre Ucrania en forma de invasión. Ucrania es un país bisagra en el orden geopolítico europeo y mundial y se ha convertido en la prueba de fuerza de la potencia rusa. Rusia no solo ha puesto en riesgo el ya débil equilibrio geopolítico del mundo, sino que ha ayudado a desvanecer cualquier atisbo de estabilidad económica con la convulsión provocada en las cadenas de suministro energéticas esenciales para la actividad económica, industrial y para la vida ordinaria de los ciudadanos. En definitiva, la forma de actuar de Vladimir Putin no podemos decir que sea el colmo de la inteligencia sino más bien de la altivez y la soberbia. Quería acercar Ucrania a Rusia; la ha perdido

definitivamente. Quería separar a Europa de Estados Unidos; están más unidos que nunca. Quería mostrar la fuerza de Rusia; su debilidad es clamorosa. Quería probar la solidez de sus alianzas; India y China ya le han manifestado que son socios, no aliados y que estas bravuconerías nos les hacen ninguna gracia. En fin, Europa vuelve a tener un frente de guerra producto de las ansias imperialistas y los excesos autoritarios mientras el mundo entero contiene el aliento esperando a conocer la forma y consecuencias del desenlace de esta guerra.

Al tiempo que tomaba forma el conflicto que nacería en el Mar de Azov con el asedio a Mariupol, en la trastienda china de un mercado de animales destinados al consumo humano algún tipo de cadena sanitaria falló y un virus mutó en el cuerpo de un hombre para propagarse por el mundo entero poniendo de manifiesto los efectos perniciosos de nuestra febril movilidad.

### *A modo de entremés: Agitación, pausa e incertidumbre*

Aunque la pandemia provocada por la COVID-19 no es, ni de lejos, la peor catástrofe de la historia, para los que no hemos tenido el infortunio de pasar por guerras mundiales o civiles, grandes hambrunas ni cataclismos, esta es la nuestra, la que nos ha tocado vivir y ya intuimos que es lo más parecido a una línea de cambio en la Historia.

Ese cambio de línea en la Historia ha eliminado las certidumbres y ha acelerado e intensificado nuestra sensación de fragilidad. Ha convertido en diminutas volutas de polvo todas nuestras certezas y ha forjado una sensación de inestabilidad muy incómoda con la que tenemos que aprender a vivir. Debemos, sin duda, aprender a vivir con eso que Nassim Taleb denomina los cisnes negros: hechos impredecibles, difícilmente explicables y que tienen un impacto transformador. Pero como decíamos, no es nuevo, tampoco pequeños de adanistas, nuestro tiempo es el que es y el que tenemos que gestionar, pero no es ni será el peor de la Historia.

*Agitación* es un buen definidor del estado de ánimo previo a la pandemia que inundaba la política, la economía y la sociedad. Toda sociedad se sirve de ritos para vertebrarse ¿no?, pues nuestro rito fue la cultura de la agitación: turistas invadiendo todo y llegando a todas las esquinas del planeta sin llegar a disfrutar de nada, entretenimiento

*non-stop*, gimnasios llenos de tipos estresados y sobreestimulados y, todos, injertados como un esqueje en la espina dorsal de las góndolas de un supermercado que prometía la felicidad total. Jorge Freire nos bautizó como *homo agitatus*; parecíamos uno de esos personajes de las novelas de Brest Eston Ellis que, después de todo un día bajo los efectos de la estimulación, tienen que ingerir tranquilizantes de caballo al caer la noche para poder dormir. *La sociedad del cansancio*, así la bautizó Byung-Chul Han, que toma al tiempo mismo como rehén, sin principio ni fin.

*Pausa* es el modo de expresar la forma en que el mundo entró en un periodo de hibernación. Después de la tempestad viene la calma, pontifica el refranero. Sí, pero no tanto, ¡por favor! El frenazo brusco del mundo nos mostró la fragilidad de nuestro modelo: economías débiles, sociedades polarizadas, Estados impotentes, estructuras de gobernabilidad anquilosadas y angustias personales. El *Gran Confinamiento* fue un gran clic al botón de *pause* y nos dispuso a sentir lo mismo que siente un pez en una pecera... pero sin la suerte de tener una memoria tan corta.

*Incetidumbre*. Y saliendo de la pandemia, la gran cuestión es ¿Y ahora qué viene? La caída a plomo de las certidumbres ha dado paso a un conjunto de escenarios impredecibles que ha hecho trizas el modelo de reconocimiento lineal de los hechos y ha planteado abruptas modificaciones del tiempo que nos ha tocado vivir. Y aunque la capacidad de anticipación nos parece cada vez mayor, lo cierto, es que cada vez nos sorprendemos más de lo que no sabemos y de lo que podemos esperar. La realidad de la narrativa contemporánea ha evaporado la seguridad y el orden de antaño y ha convertido la sorpresa en algo cotidiano que nos obligará a gestionar lo excepcional como algo natural

Y llegados a este punto ¿por qué no?, como en un buen menú, vamos a tratar de ver, siguiendo un mapa mental, esos tres momentos con los tres vértices en los que podemos analizar o jugar con el contexto: la economía, la política y la sociedad.

¿Lo intentamos? Vamos a ver si somos capaces de escuchar los consejos de Sancho y que no se nos atragante el postre ;-).

## *Paso 1: La política. Los sueños rotos de Chaves Nogales*



Chaves Nogales abandonó España con la melancolía del que sabía que nunca volvería a pisar su tierra y la nostalgia del que pensaba que aquel futuro posible se le escapaba para siempre entre las manos. La España que deja atrás está radicalizada, ofuscada, frustrada y partida en dos mitades irreconciliables. No hay espacio para la conciliación y la concordia, se acabaron los lugares comunes, un portazo a los proyectos emancipadores de la sociedad, adiós al progreso... puf, un desastre.

Manuel Chaves Nogales no encontró su espacio en una España rota a sangre y fuego —lean el prólogo de su libro con ese mismo título y estremézanse— y con su hatillo de sueños rotos tuvo que buscar su exilio ante el avance radical de la sinrazón a uno y otro lado del espectro político, ¿les suena? Se repiten cantinelas, se reciclan relatos ya enterrados y se rescatan los sonidos estridentes de los clarinetes que anuncian a los nuevos señores de la política, sin ocultar tan siquiera que ya se han quedado viejos, que son los mismos.

La buena política y los buenos políticos son el mejor antídoto frente al fino destilado de los excesos egoístas y la mejor solución para articular proyectos colectivos; pero la mala política y los malos políticos son, por la misma razón, la gasolina en el fuego de la discordia, el freno de mano a cualquier progreso colectivo y el disfraz engañoso del verdadero lobo feroz de la humanidad.

“*Un responso por la buena política*” pedía el delicado Zweig cuando veía que los anhelos del progreso caían a plomo ante el avance de los fanatismos en el corazón de Europa. Hoy no estamos tan mal como entonces, pero entonces tampoco creían estar tan mal, ¿se entiende? La pandemia ha puesto al desnudo nuestras carencias colectivas y, entre ellas, la solidez de nuestra política y, por añadidura, de sus actores.